

Redes sociales y marcos de acción colectiva

Concepción Fernández, José Romay,
Mauro Rodríguez y José Manuel Sabucedo

1.- LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LA PROTESTA

En los últimos años, el creciente interés de los analistas de los movimientos sociales por los aspectos cognitivos, afectivos y motivacionales que intervienen en la definición que los actores hacen de la realidad y de sus posibilidades o barreras para la acción, ha ido cuajando en diferentes aproximaciones y enfoques que se acogen a la etiqueta general de *construcción social de la protesta*. La idea central que aglutina esas propuestas “consiste en destacar la naturaleza social de los procesos de significación, interpretación y construcción del significado, puesto que tienen lugar en la interacción entre individuos” (Klandermans, 1994, p. 185). Se ocupan, por tanto, de cómo se construyen las creencias colectivas y los marcos interpretativos que orientan y legitiman los movimientos sociales y las acciones colectivas que desarrollan.

Son muchos los conceptos que proponen los diferentes enfoques para analizar la construcción social de sistemas de significados (*norma emergente, liberación cognitiva, discurso público, formación y movilización del consenso, o marcos de la acción colectiva*, por citar algunos). Todos ellos abordan aspectos relacionados con la construcción de significados, sin que esté muy claro el nivel de análisis y la contribución de cada uno a los diferentes momentos del proceso de construcción social de la protesta y su relación con la participación en movimientos sociales y acciones colectivas.

En un intento de clarificar los diferentes escenarios de construcción de la protesta, Klandermans (1994) plantea que se deberían dirigir los esfuerzos a analizar tres niveles: el discurso público y la formación y transformación de identidades colectivas; la comunicación persuasiva de las organizaciones del movimiento durante las campañas de movilización; y por último, la concienciación durante los episodios de protesta. En cada uno de estos niveles destaca la centralidad del proceso de interacción social en las redes difusas de relación social, amigos, colegas, familiares, etc. Los diferentes

paquetes ideológicos (Gamson, 1988) procedentes de los medios de comunicación de masas o los intentos de las organizaciones de los movimientos de persuadir a los ciudadanos durante las campañas de movilización y contramovilización, así como los procesos de toma de conciencia, no los realizan personas aisladas e individualizadas, sino que tienen lugar en el espacio intersubjetivo, en el marco de la interacción social y los procesos de comunicación, como ya ponían de manifiesto a mediados de los 50 las aproximaciones de la *Collective Behavior*.

Los medios de comunicación, los grupos políticos, los movimientos sociales, y demás actores sociopolíticos, pugnan porque sus interpretaciones sean asumidas e insertadas en el sentido común, modo de vida o en las representaciones sociales que manejamos los ciudadanos. En esta confrontación, los movimientos sociales están cada vez más implicados en la lucha simbólica de definición e interpretación de diversos asuntos sociales, convirtiéndose en muchos casos, en verdaderos agentes de persuasión e influencia social (Sabucedo et al, 1998).

De lo que se trata, desde puntos de vista y niveles analíticos diferentes, es de explicar los procesos de significación y re-significación que conducen a la acción colectiva. Todos parecen estar de acuerdo en que se produce una transformación significativa en los procesos de definición, interpretación y concienciación de los actores implicados en la movilización. Llegar a conocer cómo tienen lugar esos procesos es uno de los principales retos que tienen planteados los analistas actuales.

En el ámbito de la confrontación simbólica por definir situaciones y acontecimientos sociales, se recupera de nuevo el papel de los significados y los procesos interpretativos, así como la importancia de las redes de relación difusa o redes sumergidas que funcionan como verdaderos laboratorios de incubación de nuevas propuestas culturales y sociales. En este sentido Snow y Benford (1988) señalan que los movimientos sociales pueden considerarse como *agentes de significación* implicados en esa contienda por definir la realidad social y una de sus tareas fundamentales consiste en “enmarcar, asignar significados e interpretar condiciones y hechos relevantes con la intención de movilizar a sus potenciales bases y simpatizantes, de ganar el apoyo del público y de desmovilizar a sus oponentes” (p. 198). Algo similar indican Sabucedo, Klandermans et al. (1999) al señalar que “lo que da sentido y justifica la existencia de los movimientos es plantear discursos alternativos sobre la realidad. Los movimientos sociales cuestionan situaciones que hasta ese momento no eran problematizadas y/o definen posiciones contrarias a las que eran las creencias dominantes” (p. 145).

En este contexto, el concepto de marcos de acción colectiva es quizás el que ha ganado más adhesiones y al que se han dedicado más esfuerzos analíticos en los últimos años, piénsese en los recientes trabajos de Hunt, Benford y Snow (1994), Klandermans (1997), Sabucedo et al. (1996) o Klandermans, Sabucedo et al. (1999), entre otros. Los marcos de acción colectiva posibilitan acercarnos y comprender cómo las personas y los grupos definen los acontecimientos sociales y sus experiencias, y de qué manera dotan de significado y legitimidad la acción colectiva. Permiten a las personas “situar, percibir, identificar y nombrar” los acontecimientos sociales y su propia vivencia (Goffman, 1974, p. 21).

Para Benford (1993) un marco de acción colectiva es “el conjunto de creencias y significados emergentes y orientados a la acción que inspiran y legitiman las actividades y campañas del movimiento” (p. 199). Por tanto, los marcos de acción colectiva permiten significar las experiencias individuales y colectivas, al tiempo que orientan y guían la acción colectiva. En este sentido, son tanto un concepto cognitivo y afectivo como social. Cognitivo porque, necesariamente, “el análisis de marcos de referencia se refiere a cómo se realiza el procesamiento cognitivo de los acontecimientos, objetos y situaciones, de forma que se llega a una determinada interpretación” (Johnston, 1995, p. 218). Afectivo, porque no se trata de cogniciones o simplemente juicios intelectuales, sino cargados de un profundo significado emocional, “lo que los psicólogos cognitivos llaman una cognición caliente- una cognición cargada de emoción” (Gamson, 1992, p. 7). El “enmarcado” de la realidad social, de los acontecimientos y situaciones sociales, por la que nos vemos “afectados” no se realiza de forma aséptica, sino que está atravesada por emociones y pasiones que llenan de matices nuestros razonamientos y evaluaciones, y que en muchos casos, se convierten en importantes motivos directores de la acción. También, por último, es social, porque se trata de conjuntos de creencias, formas de interpretar y significar compartidas, que surgen y se desarrollan en el espacio intersubjetivo en el que se tiene lugar la interacción y comunicación, y que, finalmente, cobran existencia independiente de quienes los crean y manejan.

En el ámbito de los movimientos sociales los marcos de acción colectiva no sólo funcionan como esquemas interpretativos de la realidad, sino que además sirven como claves para la atribución y articulación de significados. Entendidos así sirven para definir una situación particular como problemática, producir una atribución de responsabilidad y articular propuestas alternativas, entre las que se incluyen las acciones que los actores del movimiento realizan para conseguir el cambio deseado (Hunt, Benford y Snow, 1994).

En un notable trabajo, Gamson (1992) señala tres componentes de los marcos de acción colectiva que posibilitan una determinada comprensión e interpretación de la realidad que animan a los movimientos sociales y a los individuos a iniciar acciones colectivas: injusticia, eficacia e identidad. El primer paso en el proceso de construcción de la acción colectiva es definir la situación como injusta e ilegítima. Como planteaban Turner y Killian (1957), es necesario que lo que se veía como normal e inevitable pase a considerarse anormal y evitable, y aún más, lo que se veía como justo e inmutable pase a definirse como injusto y mutable (Piven y Cloward, 1977), es decir, que la situación sea re-definida y re-interpretada como injusta y, por supuesto, inmerecida. Gamson (1992) describe este componente como *indignación moral*, una **hotcognition**, y no únicamente un juicio intelectual abstracto sobre lo que es equitativo. Es en este sentido que la injusticia adquiere una dimensión emocional.

Desde una perspectiva psicosocial, el concepto de privación relativa es adecuado para analizar cómo se construyen los sentimientos de injusticia e indignación moral. Desde que Stouffer et al. (1949) acuñaran dicho término para referirse a la percepción de las personas sobre su situación independientemente de las condiciones más o menos objetivas, ha sido mucha la investigación que, tanto de campo como de laboratorio, se ha ido acumulando desde entonces. Medio siglo investigando sobre esta cuestión no ha hecho posible el consenso, sino todo lo contrario, pues existe un amplio desacuerdo entre los antecedentes y las consecuencias de la privación relativa. Pero de lo que no cabe prácticamente duda es de que se trata de un elemento importante para el análisis de la acción política.

Sin embargo, cuando hablamos sobre privación relativa es conveniente diferenciar entre dos tipos de privación: la egoísta y la fraternal (Runciman, 1966). La primera se refiere a la percepción de un individuo dentro de un grupo por lo que puede ser un concepto sumamente útil para el análisis de las conductas intra e interpersonales. Alternativamente, la segunda refleja un descontento social, está formulada como colectivo y es un producto de la comparación entre grupos. De acuerdo con Runciman, es la privación relativa fraternal la que tiene un mayor interés y valor explicativo para la movilización colectiva y su intento de cambios estructurales en la sociedad. Este tipo de privación relativa, la fraternal, no sólo se refiere a los aspectos materiales, como puede ser la comparación de ingresos o cantidad de trabajo, sino que abarca otros campos de la vida grupal como puede ser la propia valoración social del grupo y sus expectativas de futuro (Klandermans, Sabucedo et al., 1999).

Por lo expuesto, la privación relativa se refiere a las discrepancias entre lo que uno tiene (o cree tener) y lo que piensa que debería tener. Cuando ésta se circunscribe a un nivel grupal, sus consecuencias pueden ser muy importantes de cara a explicar el fenómeno de la acción política colectiva. De hecho, las revoluciones eran explicadas por Aristóteles, según Lederer (1986), atendiendo a las diferencias entre las pretensiones de igualdad económica o política de los ciudadanos y las aspiraciones de mayor desigualdad por parte de los oligarcas. Por otro lado, la dimensión emocional a la que se refiere Gamson (1992) es la ira, señalando que “pone fuego en el estómago y hierro en el alma” (p. 329), dirigiendo la acción con virulencia hacia los agentes externos a quienes se considera que son los responsables de la situación no deseada en que se encuentra el grupo. En el mismo sentido, Major (1994) y Parkinson y Manstead (1993) apuntan que la ira es la emoción que expresan los sujetos cuando culpabilizan a algún agente externo de las condiciones adversas en que se encuentran.

Dahl (1971) considera esta dimensión emocional como uno de los elementos claves y necesarios (una precondición) para que la privación relativa se transforme en motor o explicación de la acción colectiva. En este trabajo, además de resaltar la percepción de injusticia de la situación grupal, también se destaca que dicha percepción debe ir acompañada de sentimientos de frustración, resentimiento y cólera. En definitiva, los teóricos de los marcos de acción colectiva, desde nuestra perspectiva, han sabido recoger y sintetizar en este marco de injusticia, la investigación relacionada con el análisis de la privación relativa.

En cuanto al componente de identidad, comenzaremos apuntando que actuar colectivamente requiere necesariamente de algún tipo de identidad colectiva o solidaridad compartida. A pesar de que se trata de una afirmación casi de sentido común, no siempre se ha tenido presente en la teorización en este campo. Por eso autores como Melucci (1989), tratan de enfatizar que uno de los grandes retos a los que se enfrenta un movimiento social es, precisamente, la creación de una identidad colectiva y, por consiguiente, socialmente compartida. En un trabajo posterior (Melucci, 1995) se refiere a tres grandes aspectos dentro de la noción de identidad: la continuidad de la identidad trasciende la variación del tiempo y las adaptaciones al medio; posibilita la delimitación del sujeto con respecto a otros y por último, proporciona la capacidad para reconocerse y ser reconocido. Por tanto, la identidad compartida proporciona estabilidad y continuidad al movimiento y posibilita la identificación de los participantes.

A pesar de que la identidad parece estar en un segundo plano en la investigación sobre movimientos sociales, estudios muy recientes han destacado la importancia de la identificación grupal para la movilización. Así, Kelly y Breilinger (1996) y Simon et al. (1998) la consideran tan relevante como la percepción de los costes y beneficios de la participación en acciones colectivas. A juicio de Klandermans, Sabucedo et al. (1999) el componente de identidad de los marcos de acción colectiva está idiosincráticamente conformado por dos elementos. El primero se refiere a la definición de un “nosotros”, que incluye a todos aquellos que se reconocen como parte del ser colectivo que participa de la misma situación de injusticia. El segundo, inherente a la definición de un nosotros, es el referente de oposición o diferenciación, un “otros” responsable de la situación adversa.

En línea con lo que acabamos de plantear, Brewer (1991) señala que la identificación grupal es el resultado de dos procesos. Por una parte estaría la necesidad de inclusión, esto es, de sentirse miembro de un grupo determinado (que se convierte en el “nosotros”), y, por otra parte, la necesidad de diferenciación, o sea, de distinguirse de otros grupos (que se corresponde con el “ellos”). Así pues, la dimensión cognitiva del proceso de identificación puede ser operativizada a través de estos dos elementos: la identificación endogrupal y la diferenciación exogrupal.

Desde que Sherif comenzara a estudiar los efectos de la pertenencia grupal, en la década de los cincuenta, la literatura nos muestra la existencia de un sesgo endogrupal, esto es, la preferencia por los miembros del propio grupo y el rechazo de los exogrupos. Con posterioridad, trabajos como el de Dahrendorf (1959), sobre el afecto positivo hacia el propio grupo y hostilidad intergrupal, o el de Allen y Wilder (1975) sobre la disimilaridad de creencias entre endogrupo y exogrupo, corroboraron el hallazgo inicial de Sherif. Traducido al campo de la identidad, tendemos a identificarnos más con los grupos a los que voluntariamente pertenecemos que con los exogrupos. Los trabajos de Klandermans (1997) o Simon et al. (1998), entre otros, aportan datos que corroboran esta hipótesis.

Al igual que en el caso del marco de injusticia, el componente de identidad también presenta una dimensión afectiva (Klandermans, Sabucedo et al., 1999). No se trata de una filiación abstracta a una categoría libre de un sustento emocional. Muy al contrario, la identidad colectiva está cargada de valor afectivo para los individuos, que se refleja en la satisfacción que proporciona esa identificación, así como en el desarrollo de una positiva identidad social (Tajfel, 1984) y un fuerte vínculo sentimental al grupo y a

sus miembros. En función de todo ello, consideramos que el compromiso con el propio grupo puede convertirse en una útil herramienta para la medida del componente afectivo del marco de identidad.

Lo que se está poniendo de manifiesto es que la identidad está fuertemente ligada a la propia interacción. Ahora bien, su orientación hacia la acción colectiva es la que la diferencia de las relaciones sociales más cotidianas. En este sentido, las redes de los movimientos, y su capacidad para generar reivindicaciones compartidas, significados que sean asumidos por los miembros de un grupo que se puede considerar, entonces, afectado. En definitiva, la identidad es el resultado de un proceso colectivo que supone que los miembros de un grupo dado compartan una determinada perspectiva acerca de su propia realidad grupal muy diferente a la perspectiva que se maneja desde las posiciones oficiales del poder. Si la entendemos así, estaremos, además, dotando a esa identidad de contenido político, elemento éste esencial para que dicha identidad se convierta en impulsora de la protesta política.

Finalmente, consideraremos el componente de eficacia, referido a la creencia de que es posible alterar las condiciones políticas y sociales adversas a través de acciones colectivas con visos de garantía en lo tocante a la consecución de los resultados esperados. Los componentes de injusticia e identidad nos permitirían identificar una situación como problemática y señalar a sus responsables; condiciones estas necesarias para la acción colectiva, pero no suficientes. Muchos son los trabajos que han puesto de manifiesto la importancia de que los sujetos consideren que las situaciones no son inmutables y que las acciones que desarrolla el movimiento y ellos mismos son eficaces para cambiar el curso de los acontecimientos y su propia realidad.

La eficacia atribuida a las diferentes formas de acción colectiva es una de las claves de la construcción de la protesta. La generación y ampliación de un sólido sentido de eficacia se convierte en un elemento importante para la implicación en las diferentes formas de acción colectiva. El optimismo sobre el resultado del desafío aumenta la probabilidad de participación y, además, ofrece un motivo indiscutible para intentar cambiar la situación injusta en la que se encuentra ese colectivo. Klandermans (1997) insiste en ello cuando señala que “junto con la interpretación de los agravios, la diseminación de la creencia de que la acción colectiva puede resultar exitosa es la clave para la construcción social de la protesta” (p. 42). En ese mismo trabajo se alude al de Schwartz y Paul (1992) en el que se encontró que la promesa de éxito llevó a una movilización rápida en un caso de conflicto organizacional.

Debemos tener presente que desde la Teoría de la Movilización de Recursos, formulación que fue la perspectiva dominante en el campo en la década de los setenta, se hacía especial hincapié en esta cuestión. De hecho, las expectativas de éxito de las acciones propuestas por el movimiento se convirtieron en uno de los elementos básicos de la misma. Involucrarse en movilizaciones colectivas, teniendo presente que le puede acarrear unos costes más o menos elevados, conlleva que, previamente, los sujetos se planteen que con dichas acciones se pueden conseguir los objetivos que se hayan marcado para, así, restaurar el dañado estatus grupal. En este sentido, las diferentes creencias colectivas y compartidas que conforman los distintos componentes de los marcos de acción colectiva, deben suponer un desafío constante, directo y reiterado a los discursos socialmente establecidos que “invitan” a la inhibición política; discursos generados desde las élites política o desde posiciones claramente dominantes, en los que la adversidad se torna natural y, lo peor de todo, inmutable (Martín-Baró, 1985).

La aproximación teórica de los marcos de acción colectiva es una de las que ha suscitado más investigación y esfuerzos analíticos en los últimos años. Pero, además de ello, se trata de un enfoque sumamente valioso para el estudio de los movimientos sociales y de la participación de las personas en ellos y de forma particular, en las acciones que llevan a cabo. Debemos reconocer que también la Teoría de la Identidad Social presenta elementos muy interesantes para el análisis de este campo (piénsese en la estrategia de cambio social para modificar el bajo estatus grupal en la dirección deseada para el grupo). Pero siendo eso cierto, no lo es menos el hecho de que esta teoría, tal como la formulan Tajfel y su grupo de colaboradores, se queda en el plano individual, esto es, se refiere a la percepción que tiene un individuo de cómo le influye su pertenencia a una categoría social dada. En el ámbito de los movimientos sociales interesa más que dicha percepción, como ya hemos reiterado con anterioridad, sea también la de los demás miembros de dicho grupo social, esto es, se pone más énfasis en el carácter compartido y colectivo. Por este motivo, parece más apropiada la formulación de los Marcos de Acción Colectiva.

Aún convencidos de que un movimiento social es mucho más que el repertorio de acciones colectivas en que puede traducir sus inquietudes y demandas, consideramos que las acciones colectivas, por ser resultado de definiciones compartidas de la situación y por vincular al movimiento social con su contexto sociopolítico, son el elemento clave para analizar los diferentes marcos interpretativos que manejan los potenciales participantes en el movimiento. Con esta convicción, en el trabajo que presentamos a

continuación, analizaremos el papel de los diferentes marcos de la acción colectiva (identidad, injusticia y eficacia), en la intención de implicarse activamente en diferentes formas de acción colectiva desarrolladas por el movimiento campesino en la Galicia de los años 90.

2.- ESTUDIO EMPÍRICO

2.1.- Objetivos

Los objetivos que nos hemos trazado para el presente estudio son los siguientes:

- Operativizar los diferentes aspectos cognitivos y afectivos que conforman los tres marcos de la acción colectiva, a saber, injusticia, identidad y eficacia.
- Comprobar la incidencia de los movimientos sobre las creencias compartidas que legitiman la acción colectiva.
- Comprobar la relación de los esquemas de acción colectiva con la motivación individual para participar en diferentes formas de acción colectiva.

2.2.- Método

2.2.1. Sujetos

Para llevar a cabo nuestra investigación hemos utilizado una muestra compuesta por agricultores gallegos. Un doble interés nos ha movido a trabajar con este tipo de población. Por una parte, se trata de un colectivo que, en los últimos años, viene desarrollando actos de protesta política caracterizados, entre otras, por su gran variedad. Por otra parte, la entrada de España en la Unión Europea ha supuesto el traslado del poder de decisión sobre la política agraria a esa nueva estancia supranacional, con el consiguiente distanciamiento entre los ciudadanos y los responsables políticos.

Hemos trabajado con 248 agricultores gallegos, que se seleccionaron atendiendo a un doble criterio. Por un lado, a su grado de implicación en protestas pasadas y, por otro lado, relacionado con el anterior, la presencia en

su zona de organizaciones agrarias y/o sindicatos. Así hemos distinguido entre zonas activas y zonas pasivas.

De los 248 sujetos de la muestra, 126 son hombres, lo que supone el 50.8% respecto del total, y 122 mujeres, esto es, el 49.2%. La media de edad es de 48.47 años, con una desviación típica de 15.52.

2.2.2.- Operativización de variables

Para la elaboración del cuestionario se mantuvieron varias reuniones con responsables de las organizaciones agrarias implicadas en la protesta. El objetivo era identificar los principales problemas y preocupaciones del sector. El instrumento de evaluación desarrollado recogía una amplia gama de variables, entre ellas las referidas a los marcos de la acción colectiva, intención de participar en diferentes formas de protesta política, aspectos sociodemográficos, etc.

En lo que respecta a las variables analizadas en este trabajo la operativización se realizó de la siguiente manera:

I. En el **marco de injusticia** se consideraron dos componentes diferentes, cognitivo y afectivo. En el primero de ellos se evaluaron tres aspectos diferentes de la deprivación fraternal: nivel de ingresos, valoración social y expectativas de futuro. Algunas de las cuestiones planteadas a los entrevistados eran “comparado con otros grupos profesionales, los campesinos no ganan tanto como debieran”, “los agricultores están infravalorados”, “no es probable que los agricultores obtengan dentro de diez años unos ingresos proporcionales a la cantidad de trabajo que realizan”. El componente afectivo, se refería al sentimiento de ira o cólera, que experimentan los agricultores provocado por la situación en que se encuentran. Fue evaluado con ítems como “a menudo me enfado a causa de las medidas agrarias que se están tomando”.

II. En el **marco de identidad**, como en el anterior, también se consideraron aspectos cognitivos y afectivos. Los primeros fueron evaluados preguntando a los campesinos acerca de su “grado de identificación con los agricultores de su zona” y por la “identificación con los campesinos frente a otros grupos profesionales”. Estas cuestiones, en línea con lo expuesto en la parte teórica, nos informaban de la identificación endogrupal y la diferenciación exogrupal. La dimensión afectiva fue evaluada con cuestiones referidas a la satisfacción y orgullo que le reportaba su identidad, por ejemplo “si tuviese que elegir una profesión de nuevo, sería agricultor otra vez”.

III. Por último, el marco de eficacia recogía la **eficacia** percibida de las distintas formas de protesta política que podrían ayudar a solucionar los problemas de su sector. También se les requería que, para cada una de esas acciones señalaran si llegado el momento, las llevarían a cabo, lo que nos proporcionó un índice de su potencial de protesta.

En todos los casos se utilizaron escalas tipo Likert de cinco pasos, excepto en el caso de la identidad cognitiva cuyo rango oscilaba entre 0 y 2.

2.2.3.- Procedimiento

Los agricultores fueron contactados personalmente en su domicilio. Aquellos que aceptaron colaborar fueron visitados en sus casas por un entrevistador/a debidamente entrenado/a para realizar una entrevista que duraba aproximadamente una hora.

2.3.- Análisis de datos y resultados

Si bien a nivel teórico el sustrato teórico de los Marcos de Acción Colectiva está suficientemente fundamentado, parece necesario profundizar en su posible operativización o medida. Este proceso por el que se convierten los conceptos en variables susceptibles de ser evaluadas, debe ser uno de los primeros aspectos a tener en cuenta en una investigación.

Por este motivo, hemos procedido, en primer lugar, a analizar las escalas utilizadas para medir los distintos componentes de los marcos de acción colectiva. Para ello hemos realizado diversas pruebas de fiabilidad que nos indican el índice de consistencia interna de las mismas. El método utilizado fue el Alfa de Cronbach. Los resultados se recogen en la tabla 1:

Variable	α Cronbach	F	Sign.
Injusticia cognitiva	.4640	103.159	.00001
Injusticia afectiva	.6125	68.709	.00001
Identidad cognitiva	.7883	89.571	.00001
Identidad afectiva	.8319	5.762	.0171
Eficacia	.8431	200.910	.00001

Tabla 1: Fiabilidad de las escalas utilizadas

Como observamos, se obtienen unos índices de fiabilidad aceptables, oscilando entre .46 para la injusticia cognitiva y el .84 para el componente de eficacia. Pero más importante que lo anterior es el hecho de que todas las escalas presentan una consistencia interna estadísticamente significativa, por lo que pueden ser consideradas como una manera fiable para analizar los distintos componentes de los marcos de acción colectiva.

El trabajo de Hunt, Benford y Snow (1994) señala la existencia de lo que denominan “campos de identidad”. Con ellos se hace referencia a las diferentes implicaciones en la definición y construcción de la realidad social. Melucci (1995), en línea con lo que planteamos en el presente trabajo, analiza cómo las redes del movimiento se convierten en laboratorios de incubación de nuevas propuestas. De igual manera, Sabucedo et al. (1998) señalaban que “la creación por los movimientos sociales de discursos alternativos a la realidad se desarrolla fundamentalmente a través de las redes sociales” (p. 172). En este sentido, puede resultar interesante analizar las posibles diferencias existentes entre los sujetos que pertenecen a zonas claramente diferenciadas en cuanto a la presencia de organizaciones que, a través de sus redes sociales y la interacción que conlleva, sean capaces de generar significados alternativos asociados a las movilizaciones colectivas. Por ello, y como señalamos en un momento anterior, hemos dividido la muestra en dos grupos: uno compuesto por sujetos de una zona activa y otro por sujetos de zona pasiva. Nuestro interés es analizar si, a nivel grupal, existen diferencias en cuanto a la representación de la realidad que tienen esos dos grupos. En este caso realizamos una Prueba t para muestras independientes, cuyos resultados se recogen en la tabla 2:

Variable	Zona	N	\bar{X}	t	Sign.
Injusticia afectiva	Activa	135	3.06	4.40	.0001
	Pasiva	113	2.73		
Injusticia cognitiva	Activa	135	4.34	-3.87	.0001
	Pasiva	113	4.64		
Identidad afectiva	Activa	135	2.75	-.894	.372
	Pasiva	113	2.89		
Identidad cognitiva	Activa	135	1.18	4.30	.0001
	Pasiva	113	.93		
Eficacia	Activa	135	2.84	7.57	.0001
	Pasiva	113	2.21		
Intención de participar	Activa	135	2.70	7.62	.0001
	Pasiva	113	1.96		

Tabla 2: Resumen de la prueba t con las distintas variables analizadas

Podemos observar que la identidad afectiva, o sea, el grado de satisfacción de los sujetos con su propia profesión, es la única variable en la que no existen diferencias significativas entre los agricultores de zonas activas y los de las pasivas (recuérdese que la escala utilizada para evaluar este componente era la que presentaba un menor nivel de significación de todas las empleadas). Esto nos informa que independientemente de la labor que pueda realizar el movimiento, los sujetos manifiestan unos niveles muy semejantes de agrado con la profesión que desempeñan. En otras palabras, el orgullo ocupacional quizás no sea el elemento más importante del proceso de generación de identidades que sean socialmente compartidas y, además, políticamente relevantes.

En las demás variables analizadas sí que hemos encontrado diferencias estadísticamente significativas. Así pues, la definición de la realidad grupal que tienen los sujetos pertenecientes a una zona activa (allí donde la actividad del movimiento es mayor y, por tanto, sus redes sociales están más

extendidas), es sensible y significativamente diferente de la definición que realizan los sujetos pertenecientes a zonas pasivas, esto es, lugares en los que la presencia y actividad del movimiento es prácticamente nula. O sea, el trabajo de las redes del movimiento se ve claramente reflejada en el manejo de unas creencias muy distintas de la situación del colectivo y de las posibilidades de que ese (injusto) estatus grupal pueda cambiarse a través de acciones político-reivindicativas de corte colectivo.

Pero tan importante como lo anterior es el hecho de saber en qué dirección apuntan esas diferencias. En otras palabras ¿cuál es esa representación diferente que manejan nuestros sujetos? Esa información la podemos conseguir observando las medias que ambos grupos obtienen en los distintos componentes de los marcos de acción colectiva en la tabla anterior. Para ello dejaremos al margen el componente afectivo del marco de identidad en el que, como ya hemos señalado, no existen diferencias entre ambos grupos.

Una primera constatación que se puede hacer es que los sujetos pertenecientes a las zonas activas presentan unas medias significativamente más altas en prácticamente todas las variables. La excepción se produce en lo referente a la injusticia cognitiva. Curiosamente, son los sujetos de las zonas donde los movimientos no tienen extendidas sus redes (zonas pasivas) los que presentan una media más alta en esta variable, es decir, se sienten peor valorados socialmente, con unas pobres expectativas de futuro y los peor pagados. Ahora bien, tanto la media de un grupo como la del otro es bastante alta, lo que nos señala que el descontento (expresado en este caso como un sentimiento de privación relativa) se encuentra bastante extendido en la población analizada. Esto también nos puede estar indicando que los discursos de los movimientos no precisan dirigirse a estas cuestiones, que son asumidas por la práctica totalidad de los integrantes del grupo, debiendo enfatizar otras cuestiones que sí parecen más relevantes a la hora de concienciar (persuadir) a sus sujetos.

Así pues, nuestros resultados indican que los agricultores de las zonas activas, experimentan unos mayores niveles de ira, a pesar de que perciban su situación grupal como un poco menos negativa que los de las zonas pasivas. La ira expresada por nuestros sujetos se dirige hacia las medidas de política agraria adoptadas por los responsables de la toma de decisiones en ese campo. Esto se relaciona, como no puede ser de otra forma, con el componente cognitivo de la identidad por una parte, y con la politización de esas creencias compartidas. Pero, además de lo anterior, el trabajo que realizan las organizaciones en las zonas activas se ve reflejado también en,

una mayor identificación con los demás agricultores de su zona y, de una manera muy especial, en una percepción mucho más alta respecto a la eficacia de las posibles acciones encaminadas a la modificación de una situación que se considera que afecta negativamente a ese sector.

Todo lo anterior parece confirmar los planteamientos de la construcción social de la protesta. Detrás de la diferente configuración que tienen nuestros sujetos de su realidad grupal está la labor cotidiana del movimiento y de sus redes, ocupadas y preocupadas por elaborar esquemas interpretativos que animen a la acción colectiva como vía para solucionar la injusta situación por la que atraviesan. Esta interpretación tiene continuidad en los resultados del marco de eficacia. También aquí, como ya hemos mencionado, podemos encontrar diferencias significativas entre los sujetos de ambas zonas. Así, en las activas, las redes de los movimientos han sido capaces de generar y/o amplificar un sentido de eficacia que motive a los agricultores a involucrarse en la movilización colectiva, aspecto éste último que queda corroborado al comprobar que son estos sujetos los que manifiestan una mayor intención de tomar parte en esas acciones que consideran eficaces.

Los datos mostrados en la tabla anterior parecen, por tanto, indicarnos que los movimientos deban quizás olvidarse de elaborar (o no tener tan presente) argumentos relativos a la situación económica desfavorable del grupo. Esa batalla parece ya ganada de antemano si tenemos en cuenta que el sentimiento de deprivación está altamente extendido. Otras deben ser las cuestiones en las que concentrar su labor de concienciación o persuasión para que ésta resulte fructífera y, así, logre movilizar al mayor número posible de miembros del grupo afectado.

Comprobar, precisamente, el poder explicativo de los marcos de acción colectiva es nuestro último objetivo. Para ello hemos realizado un análisis de regresión, lo que nos permitirá, no sólo conocer la influencia de los marcos de acción colectiva sobre la intención de participar, sino también la contribución de cada uno de ellos por separado. Así pues, como variables predictoras hemos incluido los componentes cognitivo y afectivo de los marcos de injusticia e identidad y el marco de eficacia y como variable dependiente, la intención de participar. Los resultados aparecen resumidos en la tabla 3:

Variable	R	R ²	β	Sign.
Eficacia	.844	.712	.813	.0001
Injusticia afectiva	.859	.738	.159	.0001
Injusticia cognitiva	.862	.743	-.071	.032

Tabla 3: Análisis de regresión de los componentes de los M.A.C.

Un primer aspecto que queremos destacar es el alto porcentaje de varianza explicada por las variables que forman parte de la ecuación de regresión. Como se puede apreciar en la tabla, tan sólo tres variables informan del 74.3% de la varianza. Obviamente, dicho porcentaje es una muestra más de la importancia que tienen los componentes de los marcos de acción colectiva a la hora de determinar la intención de participar en acciones de tipo colectivo para conseguir paliar la situación negativa en la que se encuentra su grupo. Tan importante como lo anterior es el hecho de que la mayoría de la varianza es explicada por una variable. Podemos ver que la eficacia atribuida a las acciones explica por sí sola el 71,2% de la varianza. La percepción de una situación como injusta, junto con el sentimiento de ira que ello provoca añaden, entre ambas, un 3.1%. Esto nos puede estar indicando que si bien son condiciones necesarias para que se produzca la movilización, por sí solas no son suficientes. Además de eso, debe asumirse la posibilidad del cambio a través de unas acciones efectivas para ello.

Un tercer dato de interés, en línea con lo que planteábamos para la tabla 2, tiene que ver con el componente cognitivo de la injusticia. Si bien su contribución es la menor de las tres (incrementando la varianza explicada sólo en un 0.5%), lo que no nos permite ningún tipo de afirmación tajante, lo que nos interesa destacar es la dirección de dicha influencia. Tradicionalmente se ha planteado que la deprivación relativa tiene una relación lineal con la participación, de forma que a mayor deprivación mayor será también la acción. Sin embargo, como se aprecia en la tabla anterior, nuestros datos sugieren justamente lo contrario: los sujetos que perciben la situación como más injusta son los que demuestran una menor intención de participar. De todas formas, hay que ser cuidadosos, cómo no, con esta interpretación, pues debemos tener presente que los sujetos de las zonas activas tienen también unos índices muy altos de deprivación.

No podemos pasar por alto que ninguna de las medidas de identidad utilizadas en el presente trabajo aportan explicación alguna a la intención de

participar. Creemos que este hecho nos informa de la necesidad de analizar en mayor profundidad el marco de identidad. Debemos considerar que la identificación con un grupo es un proceso y, como tal, pasa por distintos momentos y se ve influido por distintos aspectos. Por ello, quizás sea conveniente prestar atención a otros elementos que puedan tener algún tipo de incidencia en dicho proceso, además, claro está, de los aquí analizados.

2.4.- *Discusión y conclusiones*

Los movimientos sociales constituyen auténticos agentes de influencia y persuasión, construyendo discursos alternativos que desafían las interpretaciones dominantes acerca de distintas áreas de la realidad. Precisamente, ésta debe ser la principal tarea a la que se enfrentan. Buena parte de su éxito, por tanto, radicará en lograr que su definición e interpretación de la realidad sea también la de una parte significativa de los ciudadanos y, al mismo tiempo, de que estos asuman la necesidad de movilizarse para conseguir los cambios que consideran necesarios. Para ello es preciso que los propios movimientos sean capaces de incidir en los factores más íntimamente vinculados con la acción política.

Uno de los objetivos del presente trabajo era comprobar hasta qué punto las creencias que dan sentido a la acción colectiva difieren en función del mayor o menor trabajo llevado a cabo por las organizaciones de los movimientos, esto es, en función de la existencia o no de unas redes sociales más o menos extendidas que impulsen ese proceso de construcción y/o definición de la realidad en la que está ese grupo determinado. En este sentido, haber trabajado con sujetos pertenecientes a zonas donde la presencia y labor de la organización es alta (zona activa) o baja (zona pasiva), nos ha permitido comprobar cómo el proceso persuasivo, de construcción y amplificación de significados llevado a cabo por el movimiento, se traduce no sólo en el mantenimiento de creencias que legitiman la acción colectiva, sino que eso se plasma también en un incremento de la predisposición de los sujetos a involucrarse en ella. El patrón diferente encontrado entre los sujetos pertenecientes a estas dos zonas, así como la también distinta percepción de la efectividad de la acción política para modificar su injusta situación parecen corroborar ese planteamiento.

También hemos comprobado el alto grado de descontento de los agricultores gallegos. Ahora bien, la alta deprivación no tiene una correspondencia con el componente emocional. En otras palabras, podríamos esperar que los mayores sentimientos de ira se encontrarían en

aquellos sujetos que perciben su situación como más injusta y, sin embargo observamos que no es así. Ahí ha desempeñado un importante papel, desde nuestra perspectiva, la labor llevada a cabo por el movimiento, pues son los sujetos de la zona activa los que, habiendo percibido significativamente (desde el punto de vista estadístico) la situación como menos injusta que los de la zona activa, tienen unos mayores sentimientos de ira.

Los resultados encontrados también introducen la necesidad de distinguir entre distintos componentes cognitivos del marco de injusticia. Eso, posiblemente, permita clarificar la relación de la percepción de injusticia con la movilización; una relación que, tradicionalmente, se ha planteado de forma contraria a lo que muestran nuestros datos, es decir, son los sujetos deprivados los que tienen unos mayores índices de participación. De todas formas, de lo que no cabe duda, es que existe una alta percepción de deprivación en los sujetos de nuestra muestra y de que puede tratarse de una condición necesaria para la acción política, pero, en cualquier caso, no suficiente para su explicación.

La polémica sobre el papel de los agravios o las injusticias fue, en los últimos años, una materia de discrepancia. Recordemos que dos de las formulaciones que obtuvieron un mayor alcance, la Teoría de la Movilización de Recursos por una parte y la Teoría de los Nuevos Movimientos Sociales por otra, partían de planteamientos claramente enfrentados sobre el papel de las variables de descontento en el proceso de movilización. Así, mientras desde la primera perspectiva se asumía el hecho de que las injusticias, al considerarse como un elemento constante en la sociedad (como es el caso de la injusticia cognitiva en nuestro trabajo), no pueden ser utilizadas como explicación de las movilizaciones colectivas; explicación que debía descansar sobre las posibilidades y recursos disponibles por los grupos. Por el contrario, la piedra angular para la participación en acciones colectivas para la Teoría de los Nuevos Movimientos Sociales es la aparición de nuevos agravios o injusticias.

Al igual que sucede en otros estudios, hemos comprobado que la eficacia que los sujetos atribuyen a las distintas acciones se convierte en uno de los elementos más importantes para que los sujetos se decanten por la actividad política. Creemos que nuestros datos demuestran de forma harto elocuente el poder determinante de este componente de los marcos de acción colectiva. Sabucedo et al. (1996) informan también de la importancia de la eficacia atribuida a las distintas acciones. Ahora bien, la relevancia de ese componente no debe suponer la minusvaloración de otros posibles determinantes. Los resultados, aunque el poder explicativo de las otras

variables analizadas es muy inferior, nos indican que existen otros componentes de los marcos de acción colectiva que también tienen un papel en la explicación de la protesta política.

Resultaría también interesante profundizar en el componente de identidad. El hecho de que no se muestre como elemento explicativo de la intención de participar nos lleva a pensar que este marco, al margen de esos aspectos cognitivos y afectivos que son asumidos casi de manera sistemática, debe incluir algún elemento más que contribuya a lograr una identidad colectiva más alta. Tal vez, lograr una mayor identificación con la propia organización o un mayor nivel de implicación o involucración de los ciudadanos en la misma, puede ayudar. De hecho, en el trabajo antes mencionado de Sabucedo et al. (1999) se pone de manifiesto la importancia que tiene la pertenencia a organizaciones dentro de ese proceso de construcción y definición de la realidad que caracteriza a los movimientos sociales. Obviamente eso implica un considerable esfuerzo para el movimiento y todo su entramado de redes formales e informales, pero un esfuerzo que, en definitiva, beneficiaría al propio movimiento y a los objetivos que se habían diseñado previamente.

Como se deriva de los resultados mostrados en las tablas anteriores, algunos discursos relacionados con la acción colectiva están ampliamente extendidos entre la población. El hecho de que la deprivación relativa, el componente cognitivo del componente de injusticia de los marcos de acción colectiva, pueda considerarse como una condición necesaria, pero no suficiente para la protesta, deja el camino abierto a las aportaciones de otras variables. Quizás haber considerado a los movimientos sociales como agentes de influencia y significación haya llevado a una sobrevaloración de las dimensiones cognitivas. Como señalaban Sabucedo et al. (1998), para tener una perspectiva exhaustiva de la acción política no se pueden marginar los factores emocionales asociados a la misma, más bien, al contrario, una explicación profunda debe contar con ambos elementos, sin olvidar, claro está, como señalábamos en las primeras páginas de este trabajo, la dimensión social y compartida de las creencias que legitiman la acción colectiva.

Los estudios sobre influencia social y persuasión pueden ser buenos instrumentos para lograr que la elaboración de un discurso desafiante y alternativo, que se construye desde los movimientos sociales, pase a formar parte de las representaciones y sentido común de los ciudadanos, permitiendo, de esta manera, que haya visos de transformación donde antes sólo había inmutabilidad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALLEN, V.L. y WILDER, D.A. (1975). "Categorization, belief similarity and intergroup discrimination." *Journal of Personality and Social Science*, 32, 971-977.
- BENFORD, R.D. (1993): "You could be the hundredth monkey: collective action frames and vocabularies of motive within the nuclear disarmament movement." *Sociological Inquiry*, 62, 195-216.
- BREWER, M.B. (1991). "The social self: On being the same and different at the same time." *Personality and Social Psychology Bulletin*, 17, 475-482.
- DAHL, R.A. (1971). *Poliarchy*. New Haven, Yale University Press.
- DAHRENDORF, R. (1959). *Class and class conflict in industrial society*. Stanford, Stanford University Press.
- GAMSON, W.A. (1988): "Political Discourse and Collective Action." En B. Klandermans, H. Kriesi y S. Tarrow (eds.): *From Structure to Action: Comparing Social Movement Research across Cultures*. International Social Movement Research, vol. 1. Greenwich, JAI Press.
- GAMSON, W.A. (1992): *Talking Politics*. Cambridge, Cambridge University Press.
- GAMSON, W.A. y MODIGLIANI, A. (1989): "Media Discourse and Public Opinion." *American Journal of Sociology*, 95, 1-38.
- GOFFMAN, E. (1974): *Frame Analysis*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- HUNT, S.; BENFORD, R.D. y SNOW, D. (1994): "Marcos de Acción Colectiva y campos de identidad en la construcción de los movimientos." En E. Laraña y J. Gusfield (eds.): *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la Identidad*. Madrid, CIS.
- JOHNSTON, H. (1995): "A Methodology for Frame Analysis: From Discourse to Cognitive Schemata." En H. Johnston y B. Klandermans (eds.): *Social Movements and Culture*, Londres, UCL Press.
- KELLY, C. y BREINLINGER, S. (1996). *The social Psychology of Collective Action*. Londres, Taylor and Francis.
- KLANDERMANS, B. (1994): "La construcción social de la protesta y los campos pluriorganizativos." En E. Laraña y J. Gusfield (eds.): *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la Identidad*. Madrid, CIS.

- KLANDERMANS, B. (1997): *The Social Psychology of Protest*. Oxford, Blackwell
- KLANDERMANS, B., SABUCEDO, J.M., DE WEERD, M. y COSTA, M. (1999): "Injusticial and adversarial frames in a supranational political context: Farmer's protest in the Netherlands and Spain." En D. Della Porta, H. Kriesi y D. Rucht (eds.): *Social movements in a globalizing world*. Londres, Macmillan.
- LEDERER, G. (1986). "Protest movements as a form of Political action." En M.G. Hermann (ed.), *Political Psychology: Contemporary problems and issues*. San Francisco, Jossey-Bass.
- MARTÍN-BARÓ, I. (1985): "La desideologización como aporte de la psicología social al desarrollo de la democracia en Latinoamérica." *AVEPSO*, 8, 3-10.
- MAJOR, B. (1994): "From Social Inequality to Personal Entitlement: The Role of Social Comparison, Legitimacy Appraisals and Group Membership." *Advances in Experimental Social Psychology*, 26, 293-355.
- MELUCCI, A. (1989): *Nomads of the present. Social movements and individual needs in contemporary society*. Londres, Hutchinson Radius.
- MELUCCI, A. (1995): "The Process of Collective Identity." En H. Johnston y B. Klandermans (Eds.): *Social Movements and Culture*. Londres, UCL Press.
- PARKINSON, B. y MANSTEAD, A.S.D. (1993): "Making Sense of Emotions in Stories and Social Life." *Cognition and Emotion*, 7, 295-323.
- PIVEN, F. y CLOWARD, R. (1977): *Poor People's Movements*. New York, Vintage.
- RUNCIMAN, W.G. (1966): *Relative Deprivation and Social Justice*. Londres, Routledge and Kegan Paul.
- SABUCEDO, J.M.; GROSSI, J. y FERNÁNDEZ, C. (1998): "Los movimientos sociales y la creación de un sentido común alternativo." En P. Ibarra y B. Tejerina (eds.): *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid, Trotta.
- SABUCEDO, J.M.; KLANDERMANS, B.; RODRÍGUEZ, M. y DE WEERD, M. (1999): "Pertenencia a organizaciones y legitimación de la acción colectiva." En J. Apalategi (ed.): *La anticipación de la sociedad. Psicología social de los movimientos sociales*. Valencia, Promolibro.

- SABUCEDO, J.M.; SEOANE, G.; FERACES, M.J.; RODRÍGUEZ, M. y FERNÁNDEZ, C. (1996): "La acción política en el contexto supranacional y los marcos de acción colectiva." *Revista de Psicología Social Aplicada*. 6,(39), 103-120.
- SIMON, B.; LOEWY, M.; STÜRMER, S.; WEBER, U.; FREYTAG, P.; HABIG, C.; KAMPMEIER, C. y SPAHLINGER, P. (1998). "Collective identification and social movement participation." *Journal of Personality and Social Psychology*, 74, 646-658.
- SNOW, D. y BENFORD, R. (1988): "Ideology, Frame Resonance and Participant Mobilization." En B. Klandermans, H. Kriesi y S. Tarrow (eds.): *From Structure to Action: Comparing Social Movement Research across Cultures*. International Social Movement Research, vol. 1. Greenwich, Conn. JAI Press.
- STOUFFER, S.A., SCUCHMAN, E.A. DEVINNEY, L.C., STAR, S.A. y WILLIAMS, R.M. (1949). *The American soldier: Adjustment during army life*. Vol. 1. Princeton, Princeton University Press.
- TAJFEL, H. (1984): *Grupos humanos y categorías sociales*. Barcelona, Herder.
- TURNER, R. y KILLIAN, L. (1957): *Collective Behavior*. Englewoods Cliffs, Prentice Hall.